

Prisioneros virtuales o la Caverna de Platón

Imagínense un hombre encerrado en una pantalla, cuya vida transcurre viendo pasar las sombras de unos individuos que tan solo se alcanzan a vislumbrar a través de una serie de signos, muchos de ellos ininteligibles porque no se encuentran en ningún registro conocido, desprovisto de corporeidad y encadenados a esa mampara que solo funciona a través de una fuente artificial de iluminación. ¿Cuál será la percepción que tiene entonces de esa realidad al otro lado de la pantalla?

Por qué si, Platón se equivocó. Su pronóstico nunca debió plantearlo como una suposición. La caverna existe, los hombres en ella son reales y las sombras, son tan solo distractores que pretenden cubrir de realidad, lo que en verdad está oculto en un velo de cables, pantallas y circuitos.

Es innegable que la realidad que hoy circunda al individuo, no es su inmediata, la tangible, es aquella que el mismo ha creado en forma paralela y en la que se ha reconocido como sujeto desprovisto de corporeidad pero realizado a través de las ideas, en un universo inteligible, abstracto, en el que cada vez pierde más su parte sensible.

¿Dónde está la realidad entonces? ¿Dentro de un espejo que similar a los de los cuentos de hadas, solo le es posible escapar mediante la acción mágica de un ente salvador que puede ser interno o externo, o en una sociedad encadenada a una serie de aparatos electrónicos que lo provee de un conocimiento fragmentado tanto de sí mismo como “del otro”?

Y es porque en la actualidad, la historia se ha revertido. El hombre encadenado, estático frente al “espejo opaco” establece sus relaciones con seres informes, con los que quizá nunca tendrá un contacto físico pero que son más reales que aquellos que pasan a su lado, que en la mayoría de los casos, se convierten en espectros, en sombras sigilosas con las que solo comparte un espacio. El mundo sensible solo encuentra su expresión en el intangible. Estamos demasiado inmersos en un mundo de ideas y por lo tanto, pretendemos proyectarnos debatiendo sobre ellas, sin objetivos ni opciones claras pero aun así, reemplazando de manera irremediable al mundo sensible que ha pasado a ser una extensión poco esperanzadora, de la falsa realidad que aprehende el sujeto.

En esta instancia, Platón debería haber planteado, no el regreso al mundo de las ideas, sino el regreso al mundo de los sentidos. Retomar la sensibilidad hacia lo “otro”, hacia el “otro”, salir de esta hibernación virtual en la que nos encontramos y empezar a sentir y vivir más, a compartir la piel, el aire, el sexo, la naturaleza, de

una forma tangible. Regresar al placer de tener “al otro” a “lo otro” cerca, respirar su olor, disfrutar de su corporeidad.

El hombre, entonces, si no quiere ser sacrificado en y por sí mismo, debe asumir un papel decisivo, que le permita darle rasgos propios a su identidad, asumir las consecuencias de esa sociedad caótica y compleja de la que hace parte y enfrentarla, de tal manera, que pueda constituirse en su propio salvador del encierro inminente al que dócilmente se entrega en la caverna, en donde yace atado de espaldas a todo aquello que lo hace humano, distinto a cualquier otro ser viviente sobre la tierra.

Y es que paradójicamente, en una eterna ironía, entre más pequeña se hace la caverna, más se acrecienta su poder.

Por eso tiende a camuflarse y en la actualidad, la “caverna” tiene muchas formas, pero su esencia es la misma. Sin importar su apariencia, nos ha arrebatado las palabras; ya no necesitamos el aire que produce sonidos, esta función ha sido asumida por las manos, quienes atadas a la entrada, tienen ahora la función de transmitir las ideas, de manipular las palabras, mutilándolas, rompiéndolas hasta el punto de hacerlas llorar o simplemente, forzándolas a desaparecer. Ahora somos unos prisioneros mudos, con las manos atadas a la caverna, y de espaldas a la realidad, pues cada vez vamos perdiendo más la sensibilidad hacia los objetos y personas que están a nuestro derredor, convirtiéndolas en unas sombras difusas, que al igual que las palabras, tienden a desaparecer.

Ya no somos simples prisioneros, ahora somos esclavos que con la cabeza baja, fija en un solo punto, vamos desgarrando, olvidando nuestros sentidos: el placer de mirar un atardecer, unos niños jugando o los ojos de la persona amada, ha perdido vigencia; el cantar de los pájaros, el sonido del agua al correr o la voz inconfundible de los seres cercanos, han sido reemplazados por el monótono, autómatas y artificiales de una tecla al ser pulsada; el tacto, ya olvidó la sensación de una caricia, el reconocimiento de una textura o el calor de un abrazo. El gusto, no disfruta ya del sabor del beso, ni el olfato, el olor del sudor producido por el placer de amar. Se han convertido en sombras virtuales, en una especie de pseudo sensibilidad que adormece los reales, desfragmentándolos y llevándolos a su mínima expresión.

Por eso, el prisionero que logra escapar y quiere redimir al resto, es sacrificado, aislado o simplemente ignorado: O estás frente a la caverna viendo pasar las sombras o eres excluido, devuelto a la nada. Un fantasma sin reconocimiento.